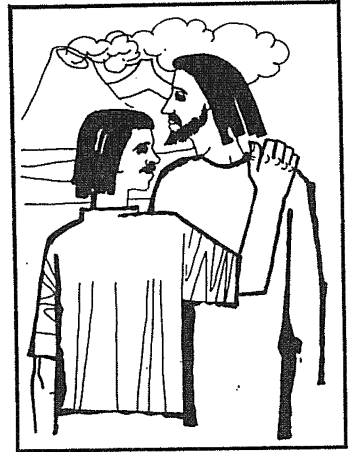


QUE CRISTO  
SE DESCUBRE  
EN AMERICA LATINA:  
HACIA UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD

Jon Sobrino



Me han pedido que les hable del Cristo que se descubre hoy en América Latina y que relacione ese descubrimiento con una nueva espiritualidad. Ambas cosas me parecen importantes. La primera porque presupone que algo nuevo se ha descubierto de Cristo en América Latina y que eso nuevo, escandaloso por una parte, es una buena noticia para los creyentes en Cristo, que exige y cuestiona pero que anima y alegra a la vez. La segunda porque relaciona conocimiento de Cristo con espiritualidad, el saber acerca de Cristo con la apropiación personal de ese saber, con la vida de la fe. Y en el deseo de explicitar esa relación aparece, creo yo, la necesidad sentida de que la teología, en este caso la cristología, esté al servicio de una espiritualidad y que ésta sea parte integrante del conocimiento cristológico.

A estas dos preguntas voy a intentar dar una respuesta; breve por lo escaso del tiempo, pero que vaya a lo fundamental. Para comprender la respuesta hay que tener en cuenta sin duda lo que mis compañeros en esta mesa redonda dirán sobre la situación de América Latina y de sus Iglesias, pues esa realidad se ha convertido en principal principio hermenéutico del conocimiento de Cristo. Por otra parte, tal como lo han pedido, voy a intentar presentar la figura de Cristo y la espiritualidad de manera que puedan decir algo importante a la Iglesia europea. Me voy a concentrar por lo tanto en aquellos puntos que por su capacidad de cuestionamiento y de ánimo pueden aportar algo a las Iglesias de la vieja Europa.

---

Presentado en mesa redonda tenida en España en Enero de 1984.

## 1. LA FIGURA DE CRISTO EN AMÉRICA LATINA

Hablar de un descubrimiento de Cristo en América Latina o en cualquier otra parte significa que ese Cristo se ha escondido o, más exactamente, que nosotros los creyentes lo hemos escondido, bien porque lentamente lo hayamos identificado con nuestras tradiciones que lo inmovilizan y le privan de su eterna novedad, bien porque -y éste sigue siendo el problema de fondo- intuimos que el verdadero Cristo es siempre un reto, y en este sentido también una amenaza al hombre concupiscente, que intenta siempre fabricarse sus propios cristos pero a quien le cuesta oír con oídos honrados la verdad de un Cristo que va más allá y muchas veces en contra de sus expectativas y sus intereses.

Descubrir a Cristo en América Latina no ha significado otra cosa que re-descubrir al Cristo de los evangelios, a ese Cristo que no es otro que Jesús de Nazaret como nos lo narran los evangelios. Sin duda ninguna ese re-descubrimiento tiene sus dificultades técnicas de encontrar a ese Jesús, entregado ya a nosotros en narraciones de fe; y sin duda ninguna también ese Jesús tiene que ser presentado a través de mediaciones. Pero lo fundamental es volver a Jesús de Nazaret, y a ese Jesús han vuelto muchos cristianos latinoamericanos.

Una vez re-descubierto ese Jesús nos podemos preguntar por qué ha sido posible ese re-descubrimiento, y la respuesta es de nuevo de suma importancia. En América Latina ese re-descubrimiento no ha sido debido en lo fundamental a la investigación teológica, sino a que el evangelio ha re-encontrado su propio lugar, el lugar en el que debe ser leído y desde el cual se hace transparente. Ese lugar es el mundo de los pobres.

Pobres y evangelios son correlativos, se remiten el uno al otro. Cuando se separan, el evangelio tiende a convertirse en puro texto susceptible de ser convertido en pura doctrina, en el que se estudiarán los textos que apoyen una doctrina sobre Cristo. Pero cuando se aúnan pobres y evangelio, entonces lo que se dice de Cristo en los evangelios apunta en verdad a lo que de Cristo hay en Jesús, entonces aparece el verdadero Jesús portador de una buena noticia a los pobres y convertido él mismo en buena noticia. Desde los pobres, pues, se recobran los nuevos ojos para leer el evangelio y comprender al Jesús de los evangelios, desde los pobres -si se nos permite una chocan-

te frase- se supera un cierto analfabetismo de no saber leer el evangelio. El re-descubrimiento de Cristo se ha debido pues a encontrarlo en la relación entre Jesús y los pobres actuales, mediada por el mensaje de buena noticia de Jesús a los pobres de su tiempo.

De este Jesús de los evangelios se ha escrito largamente, de modo que no es necesario repetir en detalle lo que él fue, dijo, hizo y padeció. Queremos ahora presentar algunas características formales de cómo es captado ese Jesús en América Latina, que las elegimos y enfatizamos porque quizás no estén hoy tan presentes en Europa. Esas características de la captación de Jesús creemos que son sumamente importantes porque hacen que unos mismos contenidos evangélicos que pueden ser leídos en muchos otros lugares tengan una interpretación concreta y distinta, y tengan una gran fuerza transformadora en quien los lee.

a) La primera característica de Cristo es que es captado como **un Jesús cercano**. Cercanía es sin duda una categoría teológica y cristológica de primera magnitud; el dogma de la encarnación no hace más que sancionar la absoluta cercanía de Dios a los hombres en Cristo. Pero una cosa es aceptar ese dogma de la fe y otra muy distinta es hacer de esa cercanía algo central en la propia fe vivida.

En América Latina se cree en un Jesús cercano a nosotros porque en primer lugar se le ve como cercano a su propia realidad. ¿Qué queremos decir con esto? Que Jesús es visto como quien se acercó a la realidad de su tiempo y al hecho mayor de esa realidad: las mayorías pobres, oprimidas, sin dignidad. Más aún, es visto como quien hizo de esa cercanía el criterio de toda su actuación. Desde ahí se comprenden sus juicios sobre la realidad, de denunciarla y desenmascararla, y también a sus responsables.

Esa cercanía a la realidad es la que le llevó a conmoverse en sus entrañas ante el sufrimiento de la gente, a salir activamente en su defensa, a entrometerse en los conflictos, a ser perseguido y crucificado. "Cercanía" no es, pues, una categoría abstracta, sino bien histórica; es la encarnación consecuente en su propio mundo de opresión, la honrada visión de ese mundo y la misericordiosa reacción ante los oprimidos de ese mundo.

Por esa su cercanía a su mundo Jesús es hoy también sentido como cercano por los pobres de América Latina. La distancia hermenéutica la salvan los pobres latinoamericanos con toda sencillez: un Cristo esencialmente cercano a su propio mundo es automáticamente comprendido, aceptado y querido por los pobres del mundo de hoy.

De esta cercanía de Jesús se deducen algunas consecuencias para la captación de Cristo. En primer lugar los pobres de hoy ven en el proceso de acercamiento de Jesús a los pobres de su tiempo el modo como Jesús se fue haciendo hermano de los pobres, realmente partícipe de una humanidad hecha en su inmensa mayoría de pobres; por ello los pobres de hoy pueden llamarle hermano -del cual dirán además que es el hermano "mayor"-, pero en primer lugar hermano, alguien como ellos. Entienden muy bien la afirmación de la Carta a los Hebreos de que Jesús no se avergüenza de llamar hermanos a los hombres. En segundo lugar el Cristo que es Jesús posee una intrínseca credibilidad por su cercanía. Sea cuales fueren los problemas acerca de la "verdad" de Cristo, su credibilidad está asegurada porque mantuvo su cercanía a los pobres hasta el final. En este sentido la cruz de Jesús es vista como el máximo símbolo del acercamiento de Jesús a los pobres y por ello lo que le otorga la máxima credibilidad. En tercer lugar Jesús y el evangelio se hacen latinoamericanos. Con ello queremos decir que se supera la impresión de que el evangelio ha venido a América Latina desde fuera y se mantiene de algún modo desde fuera. No es que los pobres de América Latina no acepten la universalidad de la Iglesia, ni que en ella existan centros eclesiales o teológicos geográficamente distantes de América Latina. Se trata de que el evangelio les habla directamente; de que no es necesario -aunque siga siendo una realidad, también positiva en parte- que el evangelio venga filtrado e interpretado desde otras partes. Por sentir a Jesús cercano, sienten que Jesús es de ellos y que ellos pueden y deben leer el evangelio. De esta forma se consigue algo de suma importancia: la posibilidad y realidad de ser auténticamente latinoamericanos en cuanto creyentes, el que no tengan que pedir prestada de algún modo su identidad evangélica siendo y permaneciendo latinoamericanos.

b) La segunda característica de Cristo es que es captado como **un Jesús liberador**. No es esto un tópico de moda ni algo introducido por la teología de la liberación que lo repite **oportune et importune**; es más bien algo esencial al re-descubrimiento

del Jesús de los evangelios. Liberación -en su formulación como redención y salvación- es de nuevo una categoría teológica fundamental. Lo que ha ocurrido en América Latina es que se la ha historizado y comprendido desde sus raíces bíblicas, y de esta forma es captada espontáneamente como buena, justa y necesaria por los pobres de América Latina. Si algún pasaje bíblico ha impactado y llegado hasta el fondo del corazón de los pobres es el conocido de Lc 4, 18-19: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor".

Desde este pasaje fundamental entienden otros muchos pasajes centrales que dan una esperanza a los pobres: el que el reino de Dios se acerque al fin, el que los pobres son dichosos porque de ellos es ese reino. Esta liberación anhelada, reconocida por Medellín como presencia del Espíritu y signo de los tiempos, se convierte en elemento esencial para comprender a Jesús. Ven en él al anunciador y realizador de la liberación, quien pone en palabra el contenido de su esperanza y dedica su vida al servicio de que se haga realidad.

Aunque no es fácil sistematizar cómo ven a Jesús como liberador, podemos decir que lo ven como quien les libera en lo más profundo de su corazón; les libera de su angustia, su resignación, su individualismo, su desesperación. Ven en Jesús a quien les comunica una fuerza interior que les cambia, personal y grupalmente, de hombres atemorizados en hombres libres, libres para esperar, para unirse, para luchar. Ven que hoy también se repiten aquellas escenas de curaciones: en contacto con Jesús los enfermos dejan de serlo; y Jesús les da la razón: **tu fe te ha salvado.**

Ven en Jesús a aquel que lleva una práctica destinada a la transformación de una sociedad opresora en una sociedad de fraternidad y justicia de acuerdo al ideal del reino de Dios. Las mediaciones de esa práctica fueron, en Jesús, sobre todo su palabra; pero esa palabra no fue sólo doctrina o anuncio sino también práctica. La palabra de Jesús denunciadora y desenmascaradora es vista como condena social, tanto de una sociedad teocrática organizada alrededor del templo como de una sociedad impuesta por la fuerza desde Roma, la **pax romana**. El que Jesús muriese crucificado, condenado como blasfemo y subver-

sivo, es en América Latina -donde tantos son asesinados también como blasfemos y subversivos- la prueba más fehaciente de que Jesús buscó una transformación de su sociedad, de que su amor no estaba dirigido sólo a los pobres o ricos individuales, sino a las mayorías pobres, de que su amor fue por lo tanto también un amor político, liberador.

Por último Jesús es visto como quien opera una profunda liberación en la misma noción de Dios. Los pobres en América Latina -por su tradicional cultura religiosa, pero también por el esclarecimiento que ha operado su fe- no plantean el problema de Dios puramente a partir de su existencia o no existencia, sino a partir de la alternativa entre el verdadero Dios y los ídolos. Así lo ven en Jesús. Este esclareció en qué consistía el verdadero Dios desenmascarando los ídolos. Estos son verdaderas divinidades, muy realmente existentes, que oprimen y dan muerte a los pobres, justificándolo en nombre de la divinidad. Para Jesús el verdadero Dios es el Dios vivo que quiere la vida de los hombres, vida que deberá ser en abundancia, pero que comienza con que haya pan, casa, salud y educación. El que Dios sea verdaderamente un Dios de vida, el que la gloria de Dios sea el hombre, más bien, el pobre que vive, como parafraseó Mons. Romero a Ireneo, el que Dios sea un Dios del Exodo que baja del cielo a liberar a su pueblo, el que Dios tome partido en los profetas por aquellos a quienes llama "mi pueblo" en contra de sus opresores, el que Dios quiera acercarse en un reino para los pobres, todo ello lo han captado eficazmente los pobres de América Latina al re-descubrir a Jesús.

Ese Jesús sigue siendo hoy captado y querido como liberador; sigue generando dignidad entre los pobres, lo que les posibilita y mueve a organizarse como pueblo y pueblo de Dios, sigue generando compromiso, generosidad, lucha y entrega sin límites por la liberación de los pueblos, sigue generando la esperanza de que la liberación vendrá, aunque las dificultades sean ingentes y el reino de Dios no llegue cuando uno lo desee ni con la plénitud utópica deseada.

c) La tercera característica de Cristo es que es captado como **un Jesús presente en la historia actual**. Esta actual presencia de Cristo es de nuevo una categoría teológica fundamental, aunque haya estado más presente en la espiritualidad y en la piedad que en la cristología propiamente dicha. Con ello queremos decir que el presente de Cristo no ha influido mucho en su

conocimiento, con el riesgo de reducir las fuentes del conocimiento de Cristo a textos escritos del pasado, de modo que para conocerle haya que volver fundamentalmente al pasado. Que esto sea necesario es evidente, para no caer en ilusiones entre otras cosas. Pero el movimiento unilateral al pasado para conocer a Cristo tampoco hace plena justicia al Jesús de los evangelios, de quien se dice de diversas formas en los otros escritos del NT que sigue presente.

En América Latina la actual presencia de Cristo es sumamente importante para los cristianos y también para la teología. No se trata por supuesto de "inventar" a Cristo desde el presente, pero sí de entrar "en contacto" con él en el presente, por mucho que haya que cualificar cuidadosamente qué significa ese contacto. En cualquier caso se quiere decir que el conocimiento de Cristo no se adquiere sólo desde el pasado sino también desde su presente. El Espíritu de Cristo, los signos de los tiempos en que Cristo se hace hoy presente son sumamente importantes, recalcando, por supuesto, que no se trata de cualquier espíritu, sino del Espíritu de Jesús que no puede sino recrear en nuestra historia la historia de Jesús, brevemente esbozada.

En concreto esa presencia de Cristo es vista hoy en América Latina en la dialéctica de encontrar al Cristo presente y de trabajar para hacerlo presente. Parte esencial de esa presencia se descubre -dicho sin ninguna rutina, sino con la absoluta seriedad de nuestra actual situación, como lo afirmó Mons. Romero- en que los pobres de este mundo están y se saben completando en sus cuerpos lo que falta a la pasión de Cristo. Que sufran una inmensa pasión es evidente; que en esa pasión se sepan completando a la de Cristo es uno de los modos de llegar a saber realmente sobre Cristo. Pero, por el otro lado, son y se saben también corresponsables del actual señorío de Cristo, es decir, implantadores ya en esta historia de los signos del Cristo resucitado: la esperanza que no muere, el servicio desinteresado, la libertad y el gozo. De esta forma los creyentes son y se saben cuerpo de Cristo hoy en la historia; y desde ese cuerpo van conociendo mejor su cabeza.

Desde esa participación en la realidad de Cristo celebran su presencia en la eucaristía, en la reunión y oración de los creyentes, en la solidaridad -la gran solidaridad con todo un pueblo sufriente y en las pequeñas solidaridades de la vida cotidiana-

na de las comunidades-. La presencia sacramental de Cristo la aceptan y se la apropian en la fidelidad al mandato de Cristo en su última cena: "Hagan esto en conmemoración mía"; y de nuevo se junta la presencia de Cristo con el presentizarlo en la historia: la fidelidad en partir el pan y consumir el vino -la propia entrega- y la fidelidad en compartir el pan y beber juntos de una misma copa -hacer que Cristo llegue a ser señor de esta historia-.

La presencia actual de Cristo es tomada, por último, absolutamente en serio según las palabras de Mateo en la parábola del juicio final: "Lo que hicisteis con estos más pequeños conmigo lo hicisteis". Cristo sigue presente hoy en nuestro mundo de forma privilegiada en los pobres. No es que todo el Cristo esté en los pobres, ni que sólo en los pobres de este mundo esté Cristo. Pero en ellos está, y esa su presencia en los pobres hay que tenerla en cuenta con absoluta necesidad. Cristo está hoy presente escondido y sin rostro, por una parte, en el dolor de los pobres; y está también salvíficamente presente para todo aquel que se acerque a los pobres para liberarlos.

Estas breves reflexiones sobre la actual presencia de Cristo y las diversas formas de entrar en contacto con él no pretenden, por supuesto, sustituir al pasado de Jesús de Nazaret. Lo que se quiere indicar -y en cualquier caso así sucede en América Latina- es que el conocimiento de Cristo se va desarrollando dialécticamente entre lo que de él sabemos a través de los evangelios y lo que de él captamos en el presente. Ambas cosas se van esclareciendo mutuamente y a través de ambas cosas se va captando más y más quién fue y quién es Jesús.

d) Una última característica de Cristo, resumen en cierto modo de todas las anteriores, es que es captado como **un Jesús que es buena noticia**. Con ello queremos decir que se descubre realmente al Cristo de los evangelios; pero no ya sólo históricamente en cuanto los evangelios son fuente para conocer la historia de Jesús, sino sistemáticamente, en cuanto evangelio y buena noticia son sinónimos. Este redescubrimiento debiera ser el más evidente, pero no ha sido el más frecuente. Por múltiples razones el evangelio se ha convertido en material para probar una determinada teología o para sustentar un dogma, lo cual es legítimo y necesario; pero en ello ha sido usado no en su forma original como buena noticia. Ambientalmente también es frecuen-



te que se aborde el evangelio, sólo para defenderlo de quienes atacan su verdad, es decir, apologeticamente; tarea pastoralmente necesaria cuando un ambiente secularizado, por ejemplo, la impone, pero tarea que pone al evangelio a la defensiva y le priva de su fuerza original de ser una buena noticia.

Esta óptica evangélica del evangelio, valga la necesaria redundancia, es la que han redescubirto los pobres de América Latina. Jesús es portador de un evangelio, de una buena noticia. Sus palabras y sus obras son esa buena noticia. Jesús es quien dice: "el reino de Dios se acerca", "dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios"; el que cuando enseña a orar comienza con otra gran noticia: tenemos un Dios que es Padre y que es un padre común, y por eso decid: "Padre nuestro"; el que al hombre apesadumbrado le dice: "no temas, vete en paz", el que al pecador angustiado le dice que el mayor gozo de Dios es el que los pecadores se le acerquen confiadamente como a un Padre.

Ese Jesús, portador de una buena noticia, es él mismo visto como buena noticia para los pobres de hoy, es el gran don de Dios a este mundo. Por ello los pobres de América Latina pueden repetir en verdad la afirmación paulina de que "ha aparecido la benignidad de Dios", o la afirmación de Juan de que "ha aparecido la gracia y la verdad", o pueden desarrollar sus propias formulaciones llamando a Jesús liberador. Lo importante de estas formulaciones es que Jesús es visto como una buena noticia. Y de ahí se deduce que la captación de un Cristo así produce gozo. Ciertamente los cristianos latinoamericanos saben de las costosísimas exigencias de Jesús -no hace falta recordar los miles de campesinos, obreros, estudiantes, religiosas y religiosos, sacerdotes y obispos que han derramado su sangre por ese evangelio y ese Cristo en América Latina-, pero poseen también el gozo y el agradecimiento de haberse encontrado con Jesús. Por ello el evangelio se les convierte en carga, pesada y ligera a la vez, pero también en aquella perla preciosa y aquel tesoro escondido por el que vale la pena venderlo todo.

## 2. HACIA UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD

Ese Cristo así captado es también un Cristo "vivido" en el seguimiento de Jesús. Y en eso está la base de la espiritualidad, nueva o antigua según se mire. La espiritualidad fundamental

no es otra cosa que el ejercicio del espíritu exigido por el seguimiento de Jesús y propiciado a su vez por ese seguimiento. No es ésta una espiritualidad regional que intentase reproducir tal o cual rasgo de Jesús, tal o cual actitud o práctica de Jesús. Es una espiritualidad fundamental para confrontarnos con nuestra propia historia actual como Jesús se confrontó con la suya; es una espiritualidad teo-legal para confrontarnos con lo último de la historia y así con lo último de Dios, para afrontar la vida y la muerte, para luchar en favor de una y en contra de la otra, para estar disponible a dar de la propia vida y aun la propia vida, en favor de la vida de los otros; es una espiritualidad cristocéntrica al hacer todo eso con el espíritu de Jesús, con el talante y a la manera de Jesús. Espiritualidad es entonces el ejercicio del espíritu en el hacerse hijos en el Hijo como dice Pablo.

a) Cuáles son los rasgos concretos de esta espiritualidad se desprende en buena parte de lo ya dicho sobre Jesús. En su origen está el acto del espíritu de enfrentarse con la verdad de este mundo, descubrirla, afirmarla y denunciarla como gravísimo pecado, y hacer todo ello desde los pobres. En su desarrollo consiste en el sentir una gran misericordia por los pobres de este mundo, que hace eficazmente optar por ellos, defenderlos, luchar con ellos por su liberación y convertirnos nosotros mismos en buena noticia para ellos; consiste por otra parte en mantenernos fielmente en esa primera opción cuando las consecuencias son duras y costosas, en introducirnos y mantenernos en los conflictos que esa opción genera inevitablemente, en estar disponibles y sufrir todo tipo de persecuciones que los poderes de este mundo llevan a cabo contra los pobres y contra quienes se solidarizan con ellos, en permanecer fieles hasta el fin cuando la opción por los pobres exige la renuncia de uno mismo y hasta la propia vida.

Este núcleo fundamental de la espiritualidad significa orientar la propia vida no alrededor y en favor de uno mismo, del propio grupo o la propia Iglesia, sino alrededor de los pobres de este mundo, quienes descentran verdaderamente al propio yo personal o grupal. Es la espiritualidad exigida por el servicio consecuente al reino de Dios al cual hay que servir, mediación muy eficaz de la exigencia cristiana del amor, de que hay que servir y no ser servido. En palabras más actuales es la opción a vivir para que exista justicia para los pobres de este mundo, para que la vida llegue a ser, para que esta humanidad que muy mayoritariamente produce muerte, lenta o violenta, produzca vida.

A estos niveles la espiritualidad no parece ser muy sofisticada, no parece adentrarnos todavía en lo que tradicionalmente se ha considerado como la finalidad de la espiritualidad: la santidad. Sin embargo es el primer paso absolutamente necesario para una vida verdaderamente humana, para una vida cristiana y para una vida santa.

Esa espiritualidad es la que nos hace afines a ese Dios de la vida, de la liberación, de la justicia que quiere la vida de su pueblo. Es reconocer que en la vida de los pobres de este mundo hay algo de último y de santo, en cuyo servicio vamos nosotros mismos alcanzando lo que en verdad es último también para nosotros, y fuera de lo cual vano será buscar la ultimidad de nuestra propia vida, del sentido de nuestra propia vida y de nuestra esperanza.

b) Esa actitud fundamental en favor de la vida de los pobres debe ser acompañada también de un determinado espíritu semejante al de Jesús. La opción por los pobres puede ser llevada a cabo de diversas formas, pero cristianamente debe reproducir aquellos valores, aquellas actitudes, aquellas virtudes, si se quiere, realizadas y exigidas por Jesús. Se trata, por lo tanto, de reproducir el espíritu fundamental de Jesús al servicio del reino de Dios y el modo de llevarlo a cabo, el talante de Jesús en su servicio al reino. Esto aparece programáticamente en muchas de las exigencias de Jesús, en el sermón del monte y especialmente en las bienaventuranzas. Ahí se nos dice cómo debe ser el seguidor de Jesús que lucha por la justicia.

La espiritualidad exige el empobrecimiento, la tendencia al propio vaciamiento y a la renuncia, aceptando que en esa debilidad hay un tipo de fuerza que no se alcanza de ninguna otra forma, y que ese empobrecimiento es lo único que puede sanar la inherente concupiscencia en el uso del poder, por otra parte necesario. Exige el corazón limpio, la castidad profunda para reconocer las cosas como son, sin manipularlas en favor propio, sin ceder al dogmatismo siempre deshumanizante que quiere hacer coincidir la realidad con las propias ideas e intereses. Exige la búsqueda de la paz en medio de la lucha, a veces de la lucha armada, para que la violencia, trágicamente necesaria y legítima en ocasiones, no se convierta en fin en sí misma ni menos en mística salvífica. Exige la búsqueda de la reconciliación y del perdón, no sólo como actitudes puramente psicológicas a veces difícilmente alcanzables -aunque haya ejemplos

conmovedores de ello- sino como actitud de no cerrar para siempre el futuro al adversario y de reconocer que puede existir en él también lo positivo. Exige la actitud de gratuidad, tan difícilmente conceptualizable, que por una parte nos hace reconocernos como "siervos inútiles" y por otra parte hace que la práctica tenga el vigor de quien se siente agradecido; en cualquier caso es la experiencia de gratuidad la que sana la hybris inherente a cualquier proyecto humano, por bueno y justo que sea. Exige la actitud de gozo en medio del dolor, al saber que siempre podemos dirigirnos a Dios como Padre en la oración, en la eucaristía, en las celebraciones de la vida cotidiana, de la solidaridad, de los triunfos parciales. Exige por último mantener el espíritu de la utopía, el depositar la confianza en un futuro que será salvífico, que mueve siempre a que lo alcancemos aunque no lo podamos alcanzar, a que intentemos reconciliar siempre lo que en la historia es difícilmente reconciliable: lucha y paz justicia y perdón, nuevos hombres y nuevas estructuras.

c) Este esbozo de espiritualidad es evidentemente cristológico, de acuerdo al Cristo que se ha ido re-descubriendo; pero es también teológico. Con ello queremos decir que la realización de esa espiritualidad es camino a Dios y encuentro con Dios en la historia. La llamamos también teológico porque esa espiritualidad versa sobre aquellas realidades últimas que pueden mediar (o impedir) ese camino y ese encuentro. Y creemos que poseen una ultimidad muy radical, pues aunque formalmente recogen la ultimidad con que todo hombre en cualquier tiempo y lugar tiene que enfrentarse, históricamente plantean con gran claridad y crudeza la vida y la muerte como cosas últimas y exigen una respuesta ante esa vida y esa muerte. Por esa razón, aunque esa espiritualidad es cristiana por ser cristológica es también fundamentalmente humana, pues retrotrae al cristiano a las realidades y exigencias fundamentales para todo hombre: ser responsables o no con esta humanidad sufriente que mantiene siempre de nuevo una esperanza de vida.

Esta espiritualidad descrita es la que plantea al espíritu humano las preguntas que surgen de la misma realidad, las preguntas por la esperanza, por el amor y por la fe. ¿Tienen realmente sentido la esperanza para la humanidad? ¿Es verdad que el amor es el más profundo acto del hombre? ¿Es cierto que en lo más profundo de la realidad existe el bien y la verdad? Creemos que la espiritualidad descrita, precisamente por poner en

contacto al hombre con aquella realidad y aquella práctica en donde literalmente se juega la vida y la muerte de los hombres, es la que hace a esas preguntas inevitables y radicales. La respuesta a esas preguntas puede ser variada y según ellas se responderá de una u otra forma el problema teológico, el problema de Dios. En presencia de la realidad sobre la que versa esta espiritualidad no es insensato que el hombre suspenda su juicio o que niegue la última bondad de la realidad; no le faltan experiencias históricas para esa actitud. Otros, sin embargo, responden positivamente. Unos lo harán sin mencionar explícitamente a Dios; otros lo mencionan explícitamente. Los creyentes que practican esa espiritualidad quizás no puedan poner en palabra por qué deben mencionar a Dios; quizás sólo puedan decir a la manera de la teología negativa que más verdadera es la esperanza que la resignación, que mejor es el amor que el egocentrismo, que en el dar la vida por amor han realizado el acto más humano, que algo existe en el fondo de la realidad que se hace siempre promesa de justicia, de verdad y de paz que mueve siempre hacia adelante. De hecho los creyentes mencionan a Dios; le llaman Padre y le dejan seguir siendo Dios, misterio insondable. Lo importante a recordar es que eso lo hacen a través de la realización de la espiritualidad descrita. Esta debería ser en pura lógica la mayor dificultad para aceptar a Dios en presencia de la tremenda injusticia; pero ésta es de hecho la que posibilita nombrar a Dios como Jesús y experimentar la propia vida como un caminar con Dios y hacia Dios. Eso ocurre de hecho y no se puede ir más allá del hecho para buscar una explicación; pero ese hecho muestra que la espiritualidad que surge de un seguimiento de Jesús en servicio de un reino para los pobres es espiritualidad en el sentido más profundo de la palabra porque pone en juego todas las energías del espíritu, responde a los más graves desafíos a ese espíritu y también a las mayores esperanzas de realización de ese espíritu.

Digamos también para terminar, aunque sea de paso, que este aspecto teológico de una espiritualidad del seguimiento de Jesús es la forma real de aceptar **in actu** la transcendencia de Cristo -tema que no hemos mencionado antes-. En América Latina los cristianos muestran que creen en Jesús como el Cristo no tanto porque formulen y confiesen su divinidad -cosa que por lo demás hacen sin dificultad-, sino porque dan ultimidad al seguimiento de ese Jesús y eso automáticamente es

dar ultimidad al mismo Jesús, desde el cual van enfrentando con ultimidad la ultimidad de sus vidas y de la historia.

### 3. SIGNIFICADO PARA LAS IGLESIAS EUROPEAS

Todo lo que hemos dicho sólo puede ser en último término ofrecido como una realidad que es cuestionamiento y buena noticia para los que estamos en América Latina y para los cristianos de Europa: es verdad que existe ese descubrimiento de Cristo y esa espiritualidad. Muchas veces preguntan en Europa qué hacer, cómo desarrollar en Europa las comunidades de base, la opción por los pobres, la teología de la liberación. Para esas preguntas no hay respuestas que actúen como recetas y menos de parte de los latinoamericanos que hemos intentado aprender a ser cristianos dentro de una realidad concreta, a no intentar precipitados universalismos y menos aún colonialismos cristianos y teológicos, de los que tanto han padecido las Iglesias del Tercer Mundo. No se trata, pues, de proponer ni menos de imponer recetas. Pero algo se puede proponer desde la propia experiencia. Más que los productos terminados, eclesiales o teológicos, quisiera proponer la raíz de todos ellos: encontrar aquel lugar en el que el evangelio muestra su propia creatividad y crece como árbol frondoso. Ese lugar, ya está dicho, son los pobres de este mundo. Manteniendo esa correlación entre evangelio y pobres se descubre a Cristo, crece la espiritualidad, se mantiene el misterio de Dios como salvífico y crece también una Iglesia de los pobres, tema éste que no hemos desarrollado. Buscar en Europa esa correlación entre evangelio y pobres es cosa de vosotros. Yo sólo quisiera, para terminar, hacer algunas sugerencias que quizás puedan ser de utilidad en esa búsqueda.

Vista la Iglesia europea en su totalidad, con las novedades que después mencionaremos, me parece importante en primer lugar terminar con algunos presupuestos, comprensibles históricamente pero teológicamente inadecuados. Hay que terminar con la confusión teológica de que Europa, por haber sido el centro geográfico desde el que se ha transmitido el evangelio, sigue siendo el centro teológico de la fe, de la Iglesia y de la teología. A un nivel histórico hay que terminar con el presupuesto de que el hombre europeo es simplemente el hombre universal, afirmación empíricamente falsa y teológicamente inadecuada si se quiere hacer comprender la fe desde y para ese

hombre, y desde ahí para todos los hombres. A un nivel teológico hay que terminar con el presupuesto, permítasenos decirlo con claridad, de que Europa seguiría siendo el lugar privilegiado de Dios, desde el cual Dios llega a las otras partes del mundo, desde el cual hay que reflexionar sobre Dios para toda la humanidad, de modo que incluso el problema europeo de Dios deba ser el problema universal de Dios. Mientras se presuponga, consciente o inconscientemente, que las Iglesias y la teología europea tienen el monopolio sobre Dios, poco se avanzará. Con esto estoy proponiendo un acto de humildad para las Iglesias europeas para que acepten que no son sin más el centro de la fe; más aún, para que acepten lo que de silencio de Dios hay en sociedades orientadas hacia el progreso unilateral, la abundancia y el consumismo -aunque la actual coyuntura europea haya ensombrecido esos ideales-, para que no fuercen una palabra de Dios allá donde no la haya, ni presupongan que esa palabra se ha hecho patrimonio perenne de las Iglesias europeas. Esta humildad es un momento de empobrecimiento, necesario y también fructífero.

También me parece importante terminar con una actitud inadecuadamente pluralista según la cual las Iglesias europeas aceptarían -o "tolerarían"- lo que ocurre en las Iglesias latinoamericanas, pero no estarían realmente abiertas a escuchar lo que allí ocurre ni aprender lo que de bueno allí ocurra. Ya hemos dicho que no se trata de volver a un universalismo uniformista en la Iglesia; pero en una Iglesia en verdad "católica" todas las Iglesias locales debieran estar abiertas a lo que ocurre en las otras como momento esencial de su propia localidad; debieran estar abiertas a escuchar otras voces, otras experiencias, otras teologías, otros compromisos, otros martirios que vienen de América Latina; así como las Iglesias latinoamericanas debieran también estar abiertas a lo que Europa ofrece de evangélico.

Esta humildad y esta apertura me parecen condiciones previas, históricamente muy necesitadas por la actual situación de las Iglesias en Europa, para encontrar de nuevo el lugar del evangelio. Qué surja positivamente de esas actitudes, dónde y cómo se encuentre ese lugar es cosa de vosotros, como antes he dicho. Pero sí me parece que algo positivo está surgiendo tal como yo lo capto. En Europa hay muchos grupos cristianos, en los que participan también sacerdotes y obispos, que tratan de encontrar cual sea el pecado fundamental europeo, tarea trágica pero necesaria porque apunta al mundo de los pobres; cuáles son las

dimensiones locales e internacionales de ese pecado, con lo cual -de nuevo de forma trágica- se abren a la universalidad del pecado y así a la universalidad de los pobres de este mundo. Desde la captación de ese pecado muchos grupos cristianos tratan de realizar su fundamental conversión, la cual por una parte supone el integrarse en verdad en esta humanidad actual, sentirse seres humanos corresponsables con los sufrimientos y las esperanzas de las mayorías pobres de este mundo, y por otra parte lograr una nueva óptica desde los pobres que abre los ojos al evangelio. Hay muchos grupos de cristianos también que hacen contra el ideal incuestionado de una sociedad consumista y de abundancia, que practican la austeridad, como testimonio personal contra una sociedad deshumanizante, pero también como testimonio contra una sociedad injusta y en favor de una nueva sociedad basada en una "civilización de la pobreza" (I. Ellacuría) que nada tiene que ver con la miseria, pero que es vista como la única forma en que sea viable el ideal de fraternidad. Hay muchos grupos cristianos que se comprometen en las luchas cruciales de nuestro tiempo, la lucha por la paz y la lucha por la justicia, en sus propios países y en el Tercer Mundo. Hay muchos cristianos que desarrollan una activa solidaridad con los pueblos e Iglesias de América Latina, ayudando moral, económica, política y cristianamente, abiertos a recibir lo que les dan aquellos pueblos y aquellas Iglesias. Estos grupos, organizados en comunidades o parroquias, en comités de solidaridad o en agrupación de teólogos, están mostrando creatividad en la liturgia y en la teología, en la pastoral y en la solidaridad. Esta creatividad es para mí un signo claro de que el evangelio ha encontrado su lugar también en Europa. Esos grupos corren riesgos y a veces sufren algún tipo de persecución; y cuando esto se da, es que verdaderamente se han encontrado con el evangelio. La Iglesia europea no impone ya por su masividad y por la abundancia de medios materiales e intelectuales; pero está presente de forma aparentemente más humilde y más evangélica. Hace ya muchos años K. Rahner hablaba de una Iglesia de la diáspora como futuro de la Iglesia; con ello predecía lo que hoy es una realidad: que la Iglesia no se va a mantener incuestionada ni su fe va a ser adoptada ambientalmente. De ahí sacaba la conclusión de que el futuro de la Iglesia estaba en grupos de cristianos con fe consciente. Lo que quisiera añadir es que "diáspora" puede sonar a grupo pequeño, retirado; mientras que a mí me parece que estos grupos descritos son



también "levadura", lo cual supone esperanza.

Cuál sea el futuro de la Iglesia europea, como pregunta el título de esta mesa redonda, no puedo responderlo. Pero desde América Latina creo que la Iglesia europea, como cualquier otra Iglesia, tiene futuro en la medida en que se integre de verdad en nuestra humanidad actual, humanidad hecha de miles de millones de pobres que sufren y que quieren vivir, que mantienen su fe y su esperanza, que siempre de nuevo intentan su liberación, que, en lenguaje evangélico, esperan y trabajan por el reino de Dios. A veces se dice que las Iglesias de América Latina tienen una gran ventaja sobre las europeas porque allá esa realidad de la humanidad aparece más patente y es más fácil por ello insertarse en ella. Ventaja trágica, ciertamente, pero que se ofrece a todos: hacerse corresponsables con el futuro de esta humanidad de pobres. Cuando esto ocurre la vida recobra su sentido y hasta su gozo; el evangelio es buena noticia; Cristo vuelve a ser el Jesús de Nazaret. La vida de los creyentes se hace seguimiento de Jesús en el mundo de hoy. Ese seguimiento no va acompañado ya del viejo triunfalismo eclesial, sino de la sobriedad basada en la verdad. La vida se hace un caminar con profundo sentido, no porque los cristianos tengamos ya soluciones para todo, sino porque objetivamente tenemos la dirección hacia la cual nos movemos: el reino de Dios, y subjetivamente porque nos ponemos al servicio de la vida. El futuro de la Iglesia depende de su decisión a hacer lo que decía el profeta Miqueas: "practicar el derecho y la justicia y caminar, sin triunfalismos por una parte y sin complejos de inferioridad por otra, humildemente con tu Dios". Haciendo el reino de Dios como Jesús vamos hacia ese Dios. De esta forma los creyentes y las Iglesias asumen su corresponsabilidad humana y viven el gozo de su fe.

